

FELIPE AGUDELO: EL AUTOR EN LOS TIEMPOS DEL CAPITALISMO SEDUCTOR

Conferencista: Felipe Agudelo
Moderador: Carlos Jaime Fajardo
Relator: Laura Gallo Tapias

- *No hemos vuelto a verlo por ahí.*
- *Ando desaparecido.*
- *Eso es lo que pasa en estos tiempos.*
- *Eso dicen.*
- *Cúidese.*
- *Lo haré.*

El vuelo negro del pelícano, p. 91

06:52:10 pm

Unos minutos antes de su conferencia, el escritor Felipe Agudelo, egresado de la Universidad de los Andes, casualmente me cuenta que es daltónico. Dice que por eso nunca se interesó demasiado por la pintura, pues no podía apreciar los detalles y los colores con nitidez. En cambio, desarrolló una gran pasión por la fotografía y por la escultura. Ni qué decir de la literatura.



Mientras discutíamos esto, recuerdo pensar para mis adentros: qué interesante que un escritor sea daltónico. Quizás se pueda pensar el daltonismo como metáfora de la mirada del artista. Él percibe de otra forma los colores de la vida, pone la vista sobre matices diferentes e inusitados. Pero ¿Cuánto de esta mirada permea la obra que escribe?, ¿Hasta qué punto esta alteración de la percepción, si puede llamarse así, alcanza a ser apreciada por su público?

07:25:15 pm

En su célebre texto *La muerte del autor*, Roland Barthes sostiene que “la escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que va a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe”. Esta polémica afirmación resulta un punto de partida interesante para hablar sobre la intervención que hizo la semana pasada Felipe Agudelo Tenorio. Este escritor vino a Lecturas Compartidas a hablar sobre su última novela, *El vuelo negro del pelícano*, y sobre su experiencia personal como autor. Sin embargo, la conferencia dio un giro inesperado: más que un recuento anecdótico o vivencial, lo que Agudelo hizo fue cuestionar, problematizar desde una perspectiva crítica y escéptica, el lugar del escritor en la sociedad contemporánea.

Agudelo buscó mantenerse a él mismo en segundo plano, discutiendo sobre “un escritor” anónimo, genérico, teorizado. Puede decirse, no obstante, que su objetivo de mantenerse al margen se cumplió sólo a medias. En efecto, planteó una serie de cuestionamientos interesantes sobre la labor escritural pero también, y quizás a pesar de él mismo, nos reveló mucho de quién es, de su experiencia individual y de su forma de ver el mundo. Después de todo, el silencio revela siempre más de lo que quisiéramos; como dirían Waslawick et al., no se puede no comunicar.

Queriendo responder al interrogante “¿Por qué recibimos la literatura que recibimos en este momento? ¿Qué es todo lo que hay detrás?”, hizo una diatriba punzante que invitaba a la reflexión detenida de las condiciones actuales de la escritura y de la industria editorial. Él sostenía que ha ocurrido una transición vertiginosa en las últimas décadas. La irrupción de la tecnología en todos los espacios, la globalización, la interconexión de todos los rincones de la tierra y finalmente el éxito del capitalismo –tanto como forma de producción como de forma de vida individualista y occidental-, definen y limitan la posibilidad de escribir. Y es que en un mundo globalizado en el que impera lo que él llamó el capitalismo *seductor*, el arte es visto como una mercancía más. Se procura que sea producido bajo estándares similares a los de otros productos industriales.



En este contexto en el que los libros están en las repisas “como frutas que se van a podrir” y deben destruirse si no son vendidos al instante, Agudelo señaló que los escritores han perdido el estatus que ostentaban en el pasado. “Han pasado a ser simples trabajadores de una industria más glamurosa. Algunos han logrado constituirse en marcas, en fenómenos de ventas”. Para él, lo lamentable no es el éxito editorial, sino la pérdida de criterio para determinar la calidad de una obra. “Si uno de los rasgos de la democracia es la posibilidad de crítica” decía, “pero buscamos cada vez respuestas más simples ante la complejidad del mundo, renunciamos a la crítica”. En el marco de la industria literaria, esta tendencia culmina en una política autoritaria e impositiva contra los lectores: “compren este libro que se ha vendido mucho” deviene entonces el quid de la modernidad. Se nos condena a elegir a la ciega, no por la falta de escolarización o por el nivel cultural de la sociedad, sino por el esfuerzo intelectual y estético que ni siquiera se quiere perseguir.

Implícitamente, el escritor hacía eco del pensamiento del sociólogo francés Gilles Lipovetsky¹, pero quizás su postura era más nostálgica y melancólica que la de éste. “Yo soy un desencantado del mundo”, afirmaba. Desde su punto de vista, el escritor contemporáneo de literatura se enfrenta con una suerte de paradoja por la demanda simultánea de variedad y de homogeneidad, por la tecnificación de la profesión. La modernidad (¿hipermodernidad?) impone su propia lógica a la labor escritural, exige cantidad por encima de la calidad, define la recepción de las obras y presupone una suerte de autopromoción social obligatoria que sitúa al escritor en una zona fronteriza y problemática de la sociedad y de la cultura.

07: 40:21 pm

Es justamente al enfrentarnos con esta paradoja del oficio del escritor que nos enteramos de quién es Agudelo. En la conferencia, él habló acerca de su desencanto, del distanciamiento a veces voluntario que ha tomado frente al aparato cultural de la escritura. ¿Quién es este escritor alejado de todos los escenarios? Aunque él se negaba

¹ Este académico, quien además estuvo en el país hace algunas semanas dictando una serie de conferencias sobre el individualismo en tiempos del posconflicto, ha desarrollado dos conceptos clave para hablar del mundo contemporáneo. Uno de ellos es el de la hipermodernidad, que se refiere al momento histórico actual en el que los proyectos políticos modernos han agotado su discurso y en el que impera una individualidad “rizomática”, esto es, dividida en micronichos, en pequeñas agrupaciones con intereses personales cada vez menos comunitarios. El otro es el del capitalismo seductor o artístico en el que hay un exceso de entretenimiento, en el que cada actividad de la vida cotidiana se ha glamurizado y estetizado en nuestros imaginarios.



a darle al público una respuesta directa, se esbozaba por momentos una respuesta al menos tangencial que se intuye tanto en los relatos anecdóticos que compartió con nosotros como en la caracterización del personaje de su novela.

Tal vez lo primero que haya que rescatar de su intervención es que se trata de un escritor que escoge con cuidado y experticia sus palabras, tanto que es difícil no parafrasearlo constantemente porque todo parece estar bien dicho. En efecto, Agudelo hizo gala de un uso no solo correcto sino monumental del lenguaje, evidenciando con cada frase su amor por las palabras y la literatura. Cabe resaltar que para este poeta, narrador y guionista bogotano, “la literatura tiene la licencia de poder tocarlo todo, poder entrar a todas partes”. Es una forma de entender el mundo. La lectura de las obras cumbres de la literatura universal (Kafka, Musil, Proust, Mann, Faulkner y Woolf son algunos de los ejemplos que mencionó) no representa solamente un viaje, sino “un diálogo directo con las personas más brillantes que ha producido la humanidad”.

Aún a pesar de su pesimismo ante la rentabilidad y el aspecto económico de la industria literaria, escribir es para él un milagro, una suerte de redención. En un acto de resistencia a la vacuidad intelectual que lo circunda, sin necesidad de participar en las lógicas consumistas de circulación, afirmaba que “escribir es un esfuerzo suficiente: su placer paga suficientemente”. Con todo, él defendió los esfuerzos de algunas –cada vez más raras- editoriales independientes que, a su modo de ver, rescatan y defienden los valores verdaderos de la buena literatura².

Por otro lado, el escepticismo de este autor se hace palpable en su obra más reciente que, como se mencionó al comienzo, se titula *El vuelo negro del pelícano*. En ella, se sigue una suerte de flujo de conciencia de Fabián Martel, protagonista de la obra, cuyos pensamientos están poblados por un gran número de referencias intertextuales. Su personaje refleja el desasosiego del que él nos hizo partícipes en su presentación pero, además, lo magnifica – y lo digo aquí tanto en el sentido de *agrandar* como de *volver magnífico*- en el lenguaje poético y ficcional. Es este un personaje agobiado por la tristeza que “a su pesar, recuerda” (p. 55), y que comprueba en los detalles cotidianos de la vida “una vez más, que por más prestigios que acumule el tiempo es tan solo un lacayo menor de la muerte” (p. 70). Martel se refugia en el alcohol y en la soledad para hacer frente a una sociedad que lo atribula. A través del recurso del lenguaje literario, Agudelo lleva el dolor de una época profundamente

² Agudelo comentaba que, en Bogotá, quedan solamente cinco pequeñas librerías independientes donde se respetara esta verdadera esencia de lo literario. Queda por preguntarle, ojalá en una próxima ocasión, a cuáles exactamente se refería.



difícil de su vida por los caminos íntimos de la poesía a rincones inexplorados y recónditos.

08:17:51 pm

¿Cómo se relacionan, entonces, los planteamientos de este escritor con la afirmación de Barthes mencionada anteriormente? Por una parte, es probable que el mismo Agudelo cuestionara esta figura moderna del autor, y que estuviera de acuerdo con el teórico francés cuando este afirma que “Es lógico, por lo tanto, que en materia de la literatura sea el positivismo, resumen y resultado de la ideología capitalista, el que haya concedido la máxima importancia a la “persona” del autor”. Por otro lado, es posible apreciar que la conferencia señalaba lo problemático de un sesgo clásico en el público lector: esperamos que al conocer el mundo personal o psicológico del autor comprenderemos mejor los secretos velados por la ficción que se esconden en un texto. A pesar de que, por supuesto, existen conexiones profundas entre la realidad de quien escribe y el contenido de su texto (Agudelo mencionó que la escritura del libro tiene que ver con un momento de la vida en el que fue “asediado por la muerte” de su madre y de su hermana, y esta tristeza profunda es por momentos evidente para el lector), la relación entre los dos trasciende el hecho de la escritura y la recepción misma que pueda hacer el público de la obra.

La escritura no tiene que ser, entonces, ese lugar “en donde acaba por perderse toda identidad”, como lo sostendría Barthes, pero puede ser más bien un espacio liminal entre “los márgenes y las sombras”, un lugar donde se difumina la persona que habla y que va más allá de sus propias palabras y experiencia. El narrador (Fabián Martel), no es sinónimo del autor (Felipe Agudelo) aunque sus nombres se parezcan; pero el autor no es tampoco el dueño de la obra, el demiurgo de un mundo autónomo. Como él bien lo dice en su novela, “*el problema es que el mundo se parece demasiado al mundo*” (p. 17)

¿Cuánto de Martel hay, entonces, en Agudelo y viceversa? ¿Cuánto de su sentir poético pudo transmitirnos el escritor en su conferencia? Por supuesto, éstas son preguntas que deben ser agarradas con pinzas, pues corremos el riesgo de caer en la asunción típica de que la relación entre narrador y autor es unidireccional. Sobre la escritura podemos concluir, desde las palabras de Agudelo y desde su novela, que se trata de un mundo que se construye en el cruce de varias dimensiones y que no termina nunca de entenderse: es a la vez una mercancía, “una forma de sobreponerse al olvido”, “un milagro”, “una forma válida de conocimiento”, “una forma terca y personal de resistir”.



Referencias:

Agudelo, F. *El vuelo negro del pelícano*. Medellín: Sílabas Editores, 2015.

Barthes, R. *La muerte del autor*. Disponible en http://disciplinas.stoa.usp.br/pluginfile.php/322639/mod_resource/content/1/bart-hes-la-muerte-del-autor.pdf

Lipovetsky, G. *La era del vacío. El imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama, 2000. Disponible en http://fido.palermo.edu/servicios_dyc/blog/docentes/trabajos/6553_15813.pdf

